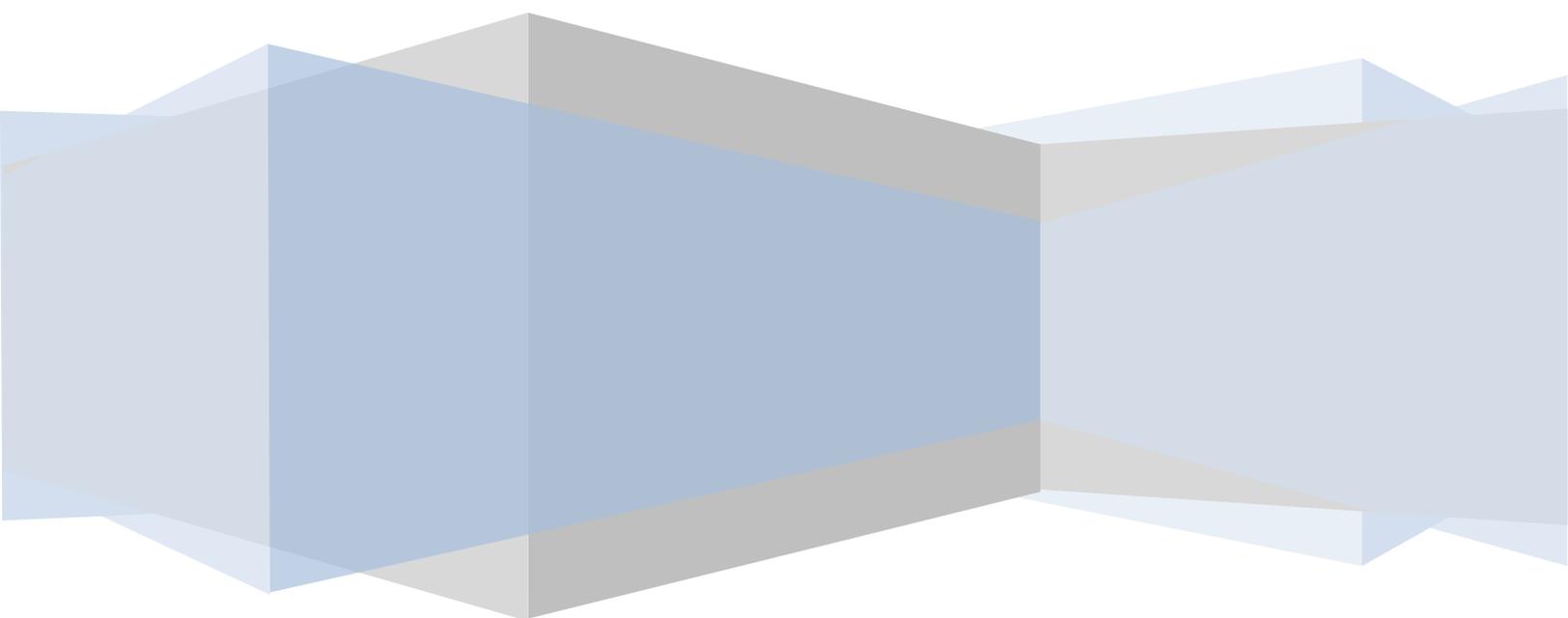


ÉTICA Y UNIVERSIDAD

¿Qué sistema educativo necesita nuestro país?

PABLO QUINTANILLA



Uno de los mejores modelos educativos de todos los tiempos, tanto a nivel escolar como universitario, fue el sistema escocés de fines del siglo XVIII. Esta es una tesis osada y discutible, pero tengo razones para sostenerla. Solo por recordar algunos nombres que procedieron de ese período, uno podría mencionar a David Hume y Francis Hutcheson, dos de los más grandes filósofos de cualquier época; a Adam Smith, uno de los padres de la economía moderna, así como pensador de las ciencias sociales y morales; a Thomas Reid, uno de los filósofos más innovadores de ese período; a sir Walter Scott, el fino escritor y poeta. Se podría mencionar más nombres, aunque sería innecesario.

Pero, ¿qué hicieron los miembros de la llamada *Scottish Enlightenment* para merecer estos elogios? Por lo menos dos cosas: por una parte, mantuvieron una tradición de fomento y respeto a la libertad intelectual, solo comparable con Holanda, donde se permitía investigar prácticamente cualquier tema, con la certeza de que, si la investigación es buena, no nos alejará de la verdad sino que nos acercará a ella. Muchos años después, a comienzos del siglo XXI, el filósofo estadounidense Richard Rorty estableció un principio que debe guiar nuestra vida académica: “Usted cuide la libertad, que la verdad se cuidará a sí misma”. En efecto, mientras haya libertad para leer, estudiar e investigar, la verdad se irá revelando progresivamente, pues es imposible ocultarla. La mejor manera de impedir el conocimiento de la verdad es intentando protegerla mediante mecanismos de censura. En el siglo XVIII, los intelectuales que no querían ser perseguidos por sus ideas, como Descartes o Spinoza, tenían que huir de sus respectivos países, donde su lectura estaba prohibida, y se instalaban en Holanda y, en menor medida, en Escocia, donde no solo no se les incomodaba por lo que pensarán sino que se les protegía de sus perseguidores.

Lo segundo que hicieron los escoceses y que permite que ahora los recordemos con respeto fue desarrollar un sistema educativo meritocrático que tuvo como objetivo formar, con niveles de excelencia, a todos los estratos sociales, no solo a las élites económicas más poderosas, como ocurría en toda Europa y como había venido ocurriendo desde la creación de la Academia platónica y el Liceo aristotélico de Atenas, probablemente las instituciones de educación e investigación precursoras de los que posteriormente serían los primeros centros académicos. Como es sabido, desde que existen sociedades con estratos sociales diferenciados en función de criterios económicos, la educación ha estado en manos de los grupos más favorecidos y ha tendido a perpetuar las diferencias sociales y económicas, no solo manteniendo en la ignorancia a los grupos más pobres —con lo cual se impide tácitamente su ascenso social y su participación en las decisiones políticas colectivas— sino, también, elaborando complejas justificaciones ideológicas sobre por qué es necesario y conveniente que así sea.

Pero volvamos a Edimburgo. A comienzos del siglo XVIII, Escocia era probablemente el país más pobre de Europa occidental. Sin embargo, para 1750 los escoceses tenían el nivel de analfabetismo más bajo de Europa, de aproximadamente 25%, tenían el mejor sistema universitario de ese continente y, aunque eso pueda ser más discutible, quizá de todo el mundo. Ese sistema universitario hizo algo radicalmente novedoso, pues consideró deseable educar a todas las clases sociales, lo que generó un sistema meritocrático en el que el hijo de un campesino podía tener la misma educación que el hijo de un banquero. Eso nunca se había hecho, porque la educación estaba en manos de los grupos más afortunados, quienes consideraban riesgoso educar a los pobres, ya que ello podría tener como consecuencia la necesidad de competir con ellos. Esto produciría mayor movilidad social y, por tanto, haría que la vida fácil se pudiera hacer dura, esto es, tanto como la de los pobres. Ese sistema educativo no se estableció en Inglaterra; por el contrario, mientras Escocia era, para la época, el paradigma de la movilidad social y la meritocracia, Inglaterra lo era del inmovilismo social y de la brecha entre clases, que solo se atenuó después de la Segunda Guerra Mundial.

Es necesario preguntarse por qué Escocia tuvo este régimen tan diferente del de sus vecinos. Seguramente hay muchas causas que lo explican, pero una particularmente importante fue la Reforma y, especialmente, la presencia del calvinismo. Debido a que esta denominación cristiana fue particularmente democrática y cuestionadora de las jerarquías que imponen su punto de vista sin defenderlo mediante razones, la sociedad escocesa, en sus diversos estratos, se acostumbró a dudar de los argumentos de autoridad, y convirtió en un hábito el dar y exigir razones para aceptar algo. El calvinismo fue llevado por los escoceses a otras latitudes, como, por ejemplo, a los Estados Unidos por los presbiterianos, donde influyó notablemente en sus sistemas sociales y educativos.

Es lamentable tener que reconocer que la sociedad peruana, en términos educativos y universitarios, está en peores condiciones que Europa hace trescientos años. El peruano pobre pasa los primeros años de su vida malnutrido, con lo cual su cerebro no se desarrolla con su mayor potencial. Como estudia en un colegio estatal con mínimos recursos, normalmente no puede acceder a una universidad y, en consecuencia, no consigue un trabajo competitivo, de forma que permanece tan pobre como lo fueron sus padres y sus abuelos. Un niño criado en una familia económicamente holgada, por el contrario, estará bien alimentado, asistirá a un nido que reforzará sus habilidades, estudiará en un colegio que le permitirá acceder a buenas universidades y, como lógica consecuencia, podrá conseguir un trabajo bien remunerado. Así se perpetuará la brecha entre pobres y ricos, casi independientemente del talento natural que tengan los jóvenes y del empeño que hayan puesto en su trabajo. Sin duda hay excepciones, pero no se negará que esta es una regularidad que vale para la mayor parte de peruanos.

La educación peruana no es pero debe ser un instrumento de movilidad social que favorezca a los más talentosos y esforzados, no a quienes carecen de estas virtudes y tienen solamente la suerte de haber nacido en una familia que pudo pagarles una educación a la que la mayor parte de peruanos no puede acceder. El Perú debe abandonar el modelo educativo elitista que ahora tiene, para acceder a uno meritocrático, en el que los jóvenes más trabajadores e inteligentes tengan una educación con estándares internacionales. Por lo menos en lo que respecta a las universidades, y en contra de lo que suele creerse, eso es perfectamente realizable. Habría que empezar con que el Estado decidiera aumentar y controlar correctamente los presupuestos de las universidades nacionales, estableciendo criterios estrictamente académicos de contratación de los profesores, fomentando la investigación, y dando becas completas, que incluyan mantenimiento, vivienda y alimentación a grupos selectos de jóvenes de todo el país. Si, además, el Estado financiara posgrados para esos mismos jóvenes, en las mejores universidades del mundo, en dos generaciones tendríamos una élite intelectual que no tendría nada que envidiar a las élites intelectuales de un país desarrollado, con la ventaja adicional de que estos muchachos procederían de diversos estratos sociales y económicos, con lo cual se apresuraría el deseable e inevitable proceso de cambio social que, lentamente, ya está ocurriendo. El Estado peruano está en perfectas condiciones para hacerlo; si no se hace es porque no existe el interés, no porque no se pueda. Hay que notar que con un buen sistema educativo, muchos países lograron salir de la pobreza.

Impartir una educación universitaria de calidad que fomente la movilización social es tarea del Estado, aunque, por diversas razones, eso no se llega a cumplir en el país. Es curioso que una universidad privada, como la PUCP, haga lo que tendría que estar haciendo el Estado, que es educar, con niveles de excelencia, a las clases menos favorecidas para facilitar el cambio social meritocrático. Actualmente, más de la mitad de los estudiantes de nuestra Universidad está en las escalas económicas más bajas, es decir, no cubren con sus boletas de pago el costo real de su educación. Esto solo se puede hacer porque el objetivo último de la PUCP es la creación y transmisión de conocimientos y cultura, no el lucro, y porque tiene un eficiente sistema de administración de sus recursos.

Pero, antes de continuar con esta reflexión, debo hacer frente a una casi inevitable objeción. Sospecho que algunas personas habrán leído los párrafos precedentes e inmediatamente habrán determinado que se trata de un artículo escrito por un profesor “caviar” de la PUCP. Paso a defenderme de ese cargo. No soy de izquierda y nunca lo he sido, como lo saben mis amigos que me conocen desde la infancia; tampoco soy de derecha. Siempre me consideré una combinación de social cristiano y social demócrata. En la década de los ochenta, muchos de mis conocidos se consideraban de izquierda y me veían claramente a su derecha, porque yo nunca creí en un Estado empresarial ni en una

economía regulada; siempre pensé que el mercado es el mejor regulador de la economía. Pero siempre defendí, y sigo sosteniendo, que el Estado tiene un rol subsidiario, pedagógico y corrector de las distorsiones que el mercado, casi inevitablemente, generará. El mercado no es perfecto y, sin duda, no es un agente moral; con frecuencia produce y mantiene situaciones inhumanas, injustas, indignas y aberrantes. Por ejemplo, si uno sobrepone el mapa minero del Perú al mapa de la pobreza, descubrirá con sorpresa ingenua para algunos, que las regiones que producen la riqueza minera de la que vive todo el país y que posibilita el crecimiento económico son también las zonas más empobrecidas. Esa obvia paradoja prueba que el mercado no lo resuelve todo. Si la mano invisible fuera perfecta y condujera inevitablemente al bien común, ya lo habría hecho. ¿Por qué se demora tanto? La mejor prueba de que la mano invisible no es perfecta es que la economía mundial no es perfecta. La mano invisible no es la mano de Dios; es una mano humana y, como actualmente resulta obvio, genera crisis y situaciones injustas. ¿Quién debe resolver esos problemas si se producen? Naturalmente el Estado, que sí es o, por lo menos, debe ser un agente moral. El Estado nos representa y actúa en nuestro nombre. Le hemos concedido, a través de un pacto social tácito que incluye su financiamiento con nuestros impuestos, el derecho de gobernarnos, de impartir justicia, de regular la vida social y la educación, de decidir, en algunos aspectos puntuales, qué podemos hacer con nuestras vidas y qué no. Tenemos, por tanto, el derecho de exigirle que haga lo necesario para que la libertad económica no produzca perversiones; es poco lo que debe hacer, pero debe hacerlo bien. El Estado nos representa moralmente, por lo que sus coyunturales administradores tienen la obligación de ocuparse en convertir a nuestra sociedad en una comunidad digna y justa, de seres humanos responsables y comprometidos moralmente.

Cuando yo sostenía estas tesis durante los ochenta, tenía amigos que se consideraban socialistas y que me acusaban, afectuosamente, de ser un conservador enmascarado y un derechista encubierto. Yo nunca pensé serlo. Lo curioso, en todo caso, es que muchos de esos amigos ahora se han convertido al liberalismo económico más fundamentalista y están largamente a mi derecha. Yo no me he movido en el espectro político, pero los he visto desplazarse desde mi izquierda extrema hacia mi derecha más radical, como un toro que pasa a la velocidad de un rayo al lado de un torero sin capa, el cual, atónito, observa una rapidez inesperada. Estos amigos, que alguna vez defendieron honestamente la dictadura y las estatizaciones de Velasco Alvarado, hoy día son liberales que piensan que lo único que debe estar en manos del Estado son las Fuerzas Armadas, pues todo lo demás debe ser privado. Conozco a alguien que piensa que se debe privatizar la Policía Nacional, para convertirla en una suerte de empresa de vigilantes. Él también considera que se debe vender Machu Picchu para construir al lado un parque temático, de manera que se administre eficientemente; asimismo, opina que se debe poner en venta el

volcán Misti, para que una empresa china construya un funicular desde su cima y lo mantenga nevado, con nieve artificial, para las fotografías de los turistas.

Para ciertos sectores sociales y políticos del Perú, quien no cree que la privatización absoluta resolverá todos los males posibles está al borde del delirio, de la misma manera como, en los setenta, quien no era marxista era un despreciable enemigo de los pobres. Eso se puede observar en ciertos medios periodísticos que nos sorprenden, a diario, con afirmaciones militantes. Según ellos, quien no es un converso al pleno liberalismo económico es un psicótico, un bobo o un “caviar”. Si uno piensa que el Perú tiene demasiadas diferencias de partida como para que el liberalismo funcione bien sin suficiente presencia del Estado, o si uno cree que el desarrollo no se logra *solamente* con crecimiento económico, casi debe pedir disculpas ante quienes han convertido al mercado en un templo de adoración del dinero. Estos talibanes criollos son económicamente pero no intelectualmente liberales, es decir, no aceptan realmente la libertad de pensamiento.

Así, pues, sin moverme un ápice del espectro político, he pasado de pertenecer a la caterva derechista a ser un miembro de la horda caviar. Debo decir, sin embargo, que el término “caviar” siempre me ha parecido bastante ridículo y esnob. Solo lo he escuchado en boca de personas con apenas algunas lecturas en su haber que, o no han pasado por ninguna universidad de prestigio, o lo han hecho a trompicones, salvándose de ser expulsados gracias al azar o la mala suerte.

La palabra “caviar” fue acuñada a principios de los ochenta en Francia, durante el gobierno de François Mitterrand, por los sindicalistas y comunistas franceses. Estos veían con cierta sospecha e incomodidad, y probablemente con algo de envidia, que un grupo de entonces jóvenes intelectuales, con muy buena formación universitaria y de procedencia burguesa, tuviera el atrevimiento de considerarse de izquierda, algo que, según los comunistas, solo ellos podrían ser: gente trabajadora del pueblo. Un joven y fino intelectual sería un *bobó*, contracción de *bourgeois-bohème*, o un caviar. A estos jóvenes intelectuales se les acusaba de arrogarse falsamente una mayor conciencia política o responsabilidad social, dada su formación intelectual. Algunos de estos célebres caviar, egresados del exclusivo colegio Henri IV de París, fueron ministros de Mitterrand, como Laurent Fabius, Jacques Lang y el ahora célebre Dominique Strauss Kahn. Es interesante, entonces, que la acusación de “caviar” procediera originalmente de la ultra izquierda, no de la derecha, y de una ultra izquierda no sofisticada intelectualmente, pero bastante celosa de la preparación intelectual de los supuestos caviar. Pienso que en el caso peruano la historia no es muy diferente: quienes usan el término “caviar” también son ultras, aunque de otro lado del espectro político, y sin duda envidian una preparación intelectual que ciertamente no tienen y que quisieran tener. También se mantiene el uso

descalificador, que sugiere cierta incompatibilidad entre ser de origen burgués y considerarse de izquierda. Me parece claro que ahí también hay una confusión, pues una cosa es la extracción socioeconómica de una persona y otra su concepción ideológica. Uno no elige su cuna pero, por lo menos eso creemos, sí elige lo que desea creer.

Es particularmente desafortunado que el nieto de uno de los más interesantes intelectuales que ha dado el país (cosa que hay que reconocerle al autor de los *Siete ensayos*, incluso si uno no coincide con sus posiciones políticas, como es mi caso) esté entre quienes más ha hecho por destruir el legado intelectual de su abuelo, pero no con ideas sutiles y finos argumentos, como lo haría el gran intelectual que murió demasiado joven, sino con atropellado *achoramiento*, como lo hace el periodista de envejecidas ideas. Pienso que en ese Edipo transgeneracional hay el sentimiento, verdadero, por otra parte, de que mientras el abuelo será estudiado mundialmente dentro de doscientos años, como un clásico de la inteligencia peruana, el nieto no será leído al día siguiente del cierre de su diario. Como el nieto no puede competir con el abuelo mediante la inteligencia de las ideas, trata de diferenciarse de él cultivando un camorrero estilo bravucón. No es extraño que, así como los comunistas franceses envidiaban la formación intelectual de aquellos a quienes llamaban “caviar”, este personaje utilice el mismo calificativo para describir a los académicos que tienen una formación intelectual mayor de la que él jamás podría alcanzar.

En el imaginario de los nuevos talibanes peruanos, “caviar” alude a alguien que no está satisfecho con que el mercado lo regule todo y cree que el Estado debe tener alguna responsabilidad en que la sociedad sea algo más justa. Es “caviar” quien considera que la justicia es un valor digno de ser buscado o el que osa cuestionar algún rasgo de la sociedad liberal, así como el que cree que los seres humanos tienen derechos. Es “caviar” quien ha leído los libros prohibidos escritos por Marx o Mariátegui, incluso si lo ha hecho para cultivarse, para cuestionarlos o, simplemente, para saber por qué son tan peligrosos. Es “caviar” quien no se resigna a que el mundo sea un sitio doloroso, inhóspito y absurdo para mucha gente, mientras que para otros es un ridículo y aburrido parque de diversiones. Durante muchos años, Mario Vargas Llosa fue el oráculo délfico de los liberales criollos, hasta que decidió no votar en segunda vuelta por un grupo de probada experiencia en el ejercicio de la corrupción y prefirió correr el riesgo de apoyar a una coalición de centro izquierda. Cuando eso ocurrió, inmediatamente fue catalogado de “neo caviar”, fue cubierto de insultos y hasta amenazado; no se le reconoció su derecho de opinar. Así actuaron los liberales en nombre de la libertad.

A comienzos del siglo XX, el Perú daba becas completas de estudio a los jóvenes peruanos más destacados; entre quienes recibieron este beneficio estaban Pedro Paulet,

José Carlos Mariátegui y Pedro Zulen. Estas becas fueron posteriormente suspendidas, no por falta de recursos, sino por temor a producir más intelectuales críticos, como de hecho lo fueron los anteriormente mencionados, con lo que el país perdió la posibilidad de desarrollar una clase científica e intelectual de primer nivel. Paulet no fue un científico politizado, pero sí fue lo suficientemente lúcido como para criticar las injusticias de la sociedad peruana; Mariátegui fue un intelectual que cuestionó las raíces de nuestra sociedad; Zulen fue un importante filósofo que inició el movimiento pro indígena. Para algunos, ellos serían los tres primeros “caviar” de la historia peruana reciente, por lo que se retiró la ayuda para la educación de los jóvenes al temer que esto condujera a más cuestionamiento, más crítica y más reflexión sobre los orígenes de nuestras tensiones sociales. Supongo que el primer caviar fue Garcilaso de la Vega, y otro caviar connotado sería Huamán Poma de Ayala; no se diga nada de Túpac Amaru, el deán Gualberto Valdivia o Juan Pablo Vizcardo y Guzmán. También lo fueron, algo más recientemente, Ricardo Palma y Jorge Basadre. Todos ellos cometieron un terrible error: notaron que la sociedad peruana era injusta y lo denunciaron. Casi todos los intelectuales que ha dado el país pasarían a formar parte de una gran “caviarada”, pues es caviar quien tiene el desparpajo de sugerir que el mercado no resuelve todos los males del universo y que, de vez en cuando, el Estado tiene que intervenir, como el fantasma del padre de Hamlet, para recordarnos que algo huele mal en Cajamarca.

Aunque nunca he sido marxista, no solo he leído a Marx, como toda persona culta, sino también lo he enseñado en diversos cursos de filosofía, pues no se comprende el siglo XX si no se conoce su pensamiento. Lo he enseñado de la misma manera como he enseñado a Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant o Wittgenstein, entre otros filósofos, mostrando los aspectos en que han sido superados, pero señalando, también, aquellos otros en los que aún resultan iluminadores para el siglo XXI. Pretender que nunca existieron o que no tienen nada interesante que decirnos, independientemente de si estamos de acuerdo con ellos, es simplemente una necedad, y una universidad debe formar personas para potenciar su inteligencia y su cultura, no para limitarlos en su juicio crítico.

Las verdaderas universidades no solo forman personas lúcidas, sino que también mantienen la tradición ilustrada de la humanidad, pasando de generación en generación nuestro acervo intelectual; así protegen y mantienen la continuidad de la civilización en medio de los diversos avatares históricos. Percibo en el Perú reciente, sin embargo, una nueva invasión bárbara, semejante a aquellas que tuvieron que soportar, en diversos momentos, distintos epicentros culturales. Observo la conformación de una triple alianza constituida por nada recomendables socios: un no ilustrado sector de la derecha política; algunos medios de comunicación que tienen una larga historia de recibir salario de mafias;

y una facción ideológica ultraconservadora. Se trata de una alianza autoritaria que nunca ha creído en la democracia, y que tiene como objetivo instalarse en el poder por un largo plazo, boicotear las posibilidades políticas de convertir al Perú en un país más justo, reducir la velocidad del cambio social y mantener un sistema que no permite el acceso de los más pobres a una educación plural de calidad.

Esa triple alianza es muy nociva para el desarrollo del país, así como para la salud de su tejido ético. El desarrollo no se obtiene solo con crecimiento económico sino, también, con educación de calidad para todos los sectores, pero, sobre todo, con el fortalecimiento de estructuras sociales fundadas en instituciones confiables y en valores éticos. Pienso que el Perú está, como nunca antes en su historia, frente a la ocasión perfecta para, como la Escocia del siglo XVIII, pasar por una revolución educativa y cultural. El milagro económico peruano debe ir acompañado de un milagro educativo; si no, será solo un espejismo. Esta no es solo una condición necesaria del desarrollo sino, también, una exigencia ética. Es de esperar que nuestro destino como nación prevalezca a los embates de esa lamentable alianza.